

2009: LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA, SIGNO DE CONTRADICCIÓN

Diego Arias Padilla

DIRECTOR DEL CENTRO DE PENSAMIENTO SOCIAL CATÓLICO
UNIVERSIDAD SAN PABLO DE AREQUIPA (PERÚ)

Philippe de Saint Germain

DELEGADO GENERAL DE LA FUNDACIÓN SERVICIO POLÍTICO

Stefano Fontana

DIRECTOR DEL OBSERVATORIO INTERNACIONAL CARDENAL VAN THUÂN SOBRE LA DSI

Fernando Fuentes Alcántara

SUBDIRECTOR DE LA FUNDACIÓN PABLO VI DE MADRID

«En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto. Conducir a los hombres hacia Dios, hacia el Dios que habla en la Biblia: ésta es la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia y del Sucesor de Pedro en este tiempo».

(Benedicto XVI, *Carta sobre la remisión de la excomunión de los cuatro obispos consagrados por mons. Lefebvre*)

En el *Primer Informe sobre la Doctrina Social de la Iglesia en el mundo* habíamos propuesto la síntesis de una Doctrina Social «de dos velocidades»¹. Existía, a nuestro parecer, una versión avanzada de Doctrina Social que respondía en mayor medida a las necesidades de los tiempos y tenía más en cuenta la línea indicada por el magisterio de Benedicto XVI. Esta había eliminado progresivamente algunos malentendidos que durante mucho tiempo habían frenado un uso consciente de la Doctrina Social de la Iglesia por parte de las comunidades cristianas: la idea de que se tratara de una ideología; el principio de que hubiera que partir de la situación o de la praxis y no de la fe de la tradición apostólica; que la aceptación de la

laicidad de la política entrañara la renuncia a emplear también en público las categorías religiosas; que la democracia implicara la absolutización de la conciencia personal, etcétera. Esta posición, que habíamos definido como de «alta velocidad», se había ya aclarado a sí misma que —como diría después la *Caritas in veritate*, pero como también habían dicho, por otra parte, todas las encíclicas sociales— el cristianismo no sólo resulta útil, sino indispensable para la construcción de una sociedad auténticamente humana y para el crecimiento de la familia de los hombres. También había aclarado que esta pretensión cristiana no ahogarí­a la libertad y la autonomía natural del mundo humano, toda vez que respondía a una profunda expectativa humana y, por consiguiente, no se trataba de un fundamentalismo. Y es que la libertad ha de ser responsable: de lo contrario, se convierte en esclava de sí misma, y para ser responsable debe aceptar la vocación que la verdad y el bien le expresan. Esta «primera velocidad» había madurado suficientemente, por lo tanto, el sentido de la necesaria dimensión pú-



(¹) Osservatorio Internazionale Cardinale Van Thuân sulla Dottrina sociale della Chiesa, *Primo Rapporto sulla Dottrina sociale della Chiesa nel Mondo*, Cantagalli, Siena 2009, pp. 17-22.

blica de la fe cristiana, basándola en los siguientes elementos: el cristianismo no es una teoría, sino el encuentro con Jesucristo; este acontecimiento es histórico y comunitario y se inspira en las relaciones que se dan en el seno de la Trinidad divina; no es un mito, sino un anuncio de verdad en armonía con la razón; es la fe en el Salvador y también en el Creador; pretende responder a las expectativas humanas más profundas y tener, por lo tanto, un «rostro humano»; está orientado escatológicamente hacia la recapitulación de todas las cosas en Cristo.

Empero, señalábamos también una versión más débil de Doctrina Social, menos caracterizada en sentido religioso, más difuminada de acuerdo con las exigencias de un humanismo genérico. Esta «segunda velocidad», dependiente aún de algunos esquemas propios del pasado, tendía a considerar la Doctrina Social más bien como una propuesta laica mediante la cual dialogar con el mundo. Considera la democracia como el ámbito de lo posible; el diálogo, irrealizable si la Iglesia pretende tener un mensaje definitivo de salvación, mientras que percibe la unidad de los fieles católicos sobre cada uno de los temas –los «principios innegociables»– como una injerencia excesiva de la jerarquía en la autonomía de la política, o bien como un reduccionismo de la presencia política de los católicos a un solo tema, como, por ejemplo, el de la vida. Durante el año 2009, al que se refiere este *Segundo Informe sobre la Doctrina Social de la Iglesia en el mundo*, no hemos asistido, como se esperaba, a un acercamiento entre estas dos almas, sino más bien a su permanencia y, en determinados casos, a una cristalización a veces difícil de administrar ante las situaciones de tensión que se han producido en los cinco continentes. Por este motivo preferimos hablar aquí de «Doctrina Social de la Iglesia como signo de contradicción», expresión que ha de entenderse tanto en relación con el mundo como en el seno de la propia Iglesia. En otras palabras, la Doctrina Social de la Iglesia se está convirtiendo en terreno de nueva confrontación con el mundo y también de nueva confrontación en el seno de las comunidades eclesiales.

El año 2009 se ha caracterizado por una violencia

considerable contra la Iglesia y contra quienes están movilizados para realizar, mediante la Doctrina Social, un mundo más humano. Dicha violencia también se ha ejercido con frecuencia contra el Sumo Pontífice.

Este *Segundo Informe* documenta ampliamente, por ejemplo, las violencias anticristianas ejercidas en Asia.

En la India, en la China, en Vietnam, en Indonesia, los cristianos han seguido estando perseguidos y, por lo que parece, lo han sido precisamente debido a su compromiso con los últimos, los indígenas, las castas marginadas, y por prestar indistintamente su ayuda a todos los grupos sociales e incluso a los miembros de facciones políticas y guerrilleras de opuesto signo. Personas desaparecidas, iglesias devastadas, sacerdotes asesinados, propiedades confiscadas, acciones policiales de control y censura: han sido muchas las caras de la violencia anticristiana en 2009.

Caras de una violencia que ha afectado también a Occidente y, en especial, a Europa y a Latinoamérica, donde se lleva adelante una violenta campaña cultural, política y legislativa contra los principios cristianos y la ley moral, y donde muchas fuerzas –económicas, sociales y políticas– colaboran entre sí para eliminar de forma violenta todo resto de sociedad cristiana. En Inglaterra hemos registrado muchos casos de impedimento del ejercicio público de la fe cristiana. En España, una legislación fuertemente contraria a la vida y a la familia y una enseñanza cívica en las escuelas públicas regida por el principio único del relativismo han causado daños al tejido humano y cristiano de la sociedad. Holanda, Bélgica y Luxemburgo han aprobado mediante ley la eutanasia y el suicidio asistido. En Francia, la gran consulta para la reforma de la ley de bioética ha sido llevada a cabo de manera que no permite concebir grandes esperanzas para 2010. En Latinoamérica y en Italia, casos dramáticos como los de la niña de Recife y de Eluana Englaro han sido utilizados por la cultura radical para desacreditar a la Iglesia y para abrir nuevas brechas en la conciencia popular a favor del aborto y de la eutanasia.

También Benedicto XVI ha tenido que sufrir numerosos ataques mediáticos y políticos, sobre todo por cuanto por él expresado contra la utilidad del preser-

vativo en la lucha contra el sida y por su remisión de la excomunión de los cuatro obispos ordenados por monseñor Marcel Lefebvre. Tal y como se refiere en el capítulo del presente *Informe* dedicado al magisterio del Santo Padre, en ambos casos hemos asistido a un juicio sumario, en modo alguno interesado en la confrontación y en un diálogo serio. A menudo se ha tratado de invectivas, ciegas a la realidad y alimentadas de viejos tópicos.

Resulta evidente, por todas estas señales, que la Doctrina Social de la Iglesia sigue siendo signo de contradicción en el mundo y que existe una resistencia, cuando no una hostilidad –incluso estructural–, contra los mismos principios de ética natural que la Iglesia defiende. Basta con observar lo que sucede en el ámbito de la vida y de la familia en el seno de los diferentes Estados, pero también las señales negativas que con frecuencia proceden de las instituciones europeas y de las políticas de los organismos de la ONU.

Tampoco han faltado en 2009, signos positivos de replanteamiento, y en algún caso se han revisado legislaciones negativas sobre la familia y la vida; se han rechazado presiones internacionales, y, cuando han estallado las polémicas contra el Pontífice de las que se ha hablado arriba, muchas personas y organizaciones lo han defendido con una honradez intelectual que aún hace acto de presencia en el mundo. Todo ello no puede, sin embargo, anular la sensación general de estar ante un gran ejército alineado contra la religión cristiana y a menudo dispuesto a actuar de común acuerdo.

La Doctrina Social de la Iglesia y quienes intentan llevarla a la práctica resultan «incómodos», al igual que resulta frecuentemente incómodo ante los ojos del mundo el papa Benedicto XVI. Resulta evidente, por otro lado, que la versión de Doctrina Social que resulta más incómoda es la primera de las dos versiones de diferente velocidad que quedan descritas. El mundo acepta a la Iglesia y al cristianismo cuando éstos hablan tan sólo el lenguaje del mundo; los acepta en menor medida cuando hablan, principalmente, el lenguaje de Cristo y de la defensa de la creación.

Este es un primer aspecto de la Doctrina Social de la Iglesia como «signo de contradicción», aspecto que 2009 ha conocido como nunca acaeció en el pasado. Existe sin embargo otro aspecto, interno a la Iglesia. También aquí la Doctrina Social ha sido con frecuencia signo de contradicción. Los obispos de los Estados Unidos de América han sostenido una larga batalla contra la reforma sanitaria del presidente Obama: no contra la reforma en sí, ni contra su necesidad, sino contra algunos aspectos de la ley de reforma que consignaban financiaciones federales al aborto. Los prelados no han temido dirigirse tanto al Presidente como al Congreso, presentando propuestas precisas de revisión. Es sabido, sin embargo, que no todos los obispos se situaban en esta misma línea, y que, en el mundo católico estadounidense, muchos sectores de institutos religiosos y asociaciones han hecho propaganda a favor de la ley, en abierto contraste con las indicaciones episcopales. Nada podía justificar un apoyo del aborto, pero muchos católicos estadounidenses han pensado que una mayor asistencia sanitaria a los pobres podía justificarlo, y han desatendido la indicación de los obispos. Se ha tratado de una actitud muy grave, que nos afianza en la idea de que, por desgracia, la aplicación completa de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia es signo de contradicción también en el seno de esta. Lo mismo cabría decir en relación con los casos ya citados de la niña de Recife en Brasil y de Eluana Englaro en Italia, ocasiones en las que también ha estado dividido el mundo católico.

Tales divisiones resultan incomprensibles para el creyente de a pie, que a menudo se ve conmovido por ellas. Mientras que en algunas naciones, como es el caso de la China, los fieles católicos han de luchar para poder adorar la Eucaristía y enseñar el catecismo y se ven unidos por ese estado de necesidad, en otras naciones, especialmente en las más desarrolladas, los católicos se encuentran divididos ante muchos temas de ley moral natural y de salvaguardia de la creación. Cabe decir que, felizmente, los episcopados están, por regla general, unidos y determinados

en estos temas fundamentales, pero a veces los matices ocultan divisiones más profundas, y el mundo católico de los fieles no siempre se orienta hacia la dirección correcta.

Con motivo de las elecciones europeas, celebradas en 2009, en Europa los católicos han debatido sobre la naturaleza y el futuro de su continente. Por ceñirnos al caso francés, si un grupo de laicos católicos se declaró absolutamente favorable al Tratado de Lisboa y no planteó objeciones al texto de la Convención Europea, otros católicos subrayaron, en cambio, los puntos débiles de este texto y el peligro que estos pueden constituir para el futuro de la familia y del respeto a la identidad natural y a la vida, principios todos ellos que deben incluirse entre los innegociables. Durante 2009 se ha debatido prácticamente en todo el mundo acerca del cambio climático. Los organismos de la ONU han pontificado a menudo sobre este tema; se han publicado muchos informes nacionales sobre los más variados argumentos sociales que se asocian al cambio climático, desde el de los niños al de las mujeres, y ninguna Conferencia Episcopal ha dejado de publicar un documento sobre este tema, con inclusión de la Comisión de Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea (COMECE). Con todo, en muchos casos se ha tratado de una alineación acrítica con las modas culturales del momento, de un intento de ir de acuerdo con el mundo diciendo lo que el mundo quiere oír, como si la emergencia pastoral



primaria consistiera en ahorrar energía o en desarrollar las energías renovables. También en este caso hemos asistido a un planteamiento más completo bajo el perfil teológico y científico, fuertemente caracterizado desde el punto de vista cristiano y fiel a la totalidad del magisterio social de la Iglesia, como el expresado en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* del 1 de enero de 2010, dado a conocer durante 2009, y a otro mucho más reduccionista y de tendencia sociológica que interpretaba el sentir común más extendido, a menudo caracterizado ideológicamente. El fracaso de la Cumbre de la ONU de Copenhague también estuvo motivado por la incertidumbre cultural a la hora de plantear el problema, incertidumbre que también estaba presente en el seno de las comunidades cristianas.

La propia recepción de la encíclica *Caritas in veritate* acusa, en algunos aspectos, esta situación. La acogida de la Encíclica ha sido por regla general entusiástica, y durante los primeros meses posteriores a su publicación su texto era líder de ventas. Tampoco han faltado, sin embargo, voces críticas, sobre todo en los Estados Unidos de América y en Alemania. Tales críticas se referían sobre todo a los siguientes puntos. Alguien dijo que la visión del mercado de la *CV* difería de la de la *Centesimus annus*, más crítica y menos abierta. Otros sostenían que sus reflexiones sobre el medio ambiente eran inadecuadas; que no recogían las principales conclusiones de las ciencias en este campo; que no tomaban en consideración de manera conveniente el problema del cambio climático. Otros aún reprochaban la escasa aplicabilidad política y económica de la categoría del «don» y señalaban que la Encíclica subestimaba las problemáticas de carácter estructural. Otros, por su parte, lamentaban que la Encíclica contuviera un ataque de amplio alcance contra el sistema de bienestar europeo y mostrara una escasa consideración de la importancia de las políticas fiscales del Estado con vistas a generar justicia social. Otros, por último, criticaban el abandono del método ver-juzgar-actuar propio —en su opinión— de las anteriores encíclicas, lo que significaría una

subestimación de las aportaciones autónomas de los saberes profanos que podría poner en peligro el diálogo entre fe y razón. Como se ve, muchas de estas críticas pueden ser objeto de debate, pero otras son arbitrarias y acusan con frecuencia dos posiciones netamente diferenciadas dentro del mundo católico en lo que se refiere al enfoque de los problemas sociales. Señalan asimismo que no todo el mundo católico está dispuesto a seguir las indicaciones de Benedicto XVI, y más aún que en determinados casos existe una especie de prevención contra sus enseñanzas. Los dos aspectos del hecho de que la Doctrina Social de la Iglesia sea hoy «signo de contradicción» han de ponerse en relación. Las incertidumbres en la relación con el mundo no benefician al diálogo con éste y producen divisiones en el seno de la Iglesia. Por eso se asiste, entre otros fenómenos, a una debilitación preocupante de la capacidad de los episcopados de aglutinar a los católicos alrededor de sus enseñanzas sobre temas de moral pública, particularmente en los países occidentales, donde más fuerte es la repercusión en la Iglesia de las divisiones en las relaciones con el mundo. No es verdad que se pueda permanecer divididos en temas de moral pública fundamental como la vida y la familia y seguir contemporáneamente unidos en el plano de la fe. La repercusión produce también divisiones e incertidumbres en la fe. En efecto, la vocación del hombre es única, y no es posible dividirse en la defensa de la creación y mantener la misma fe en el Creador. La Doctrina Social de la Iglesia, precisamente por ser educación en la fe, se convierte en deseducación en ésta cuando no se vive ni aplica con el espíritu correcto.

Durante 2009, Benedicto XVI ha impartido importantes enseñanzas sobre cómo debe interpretarse la Escritura, de las que informamos en otra parte del presente *Informe*. En ellas ha sostenido que no se lee adecuadamente la Escritura si no se la interpreta dentro de la tradición viva de la Iglesia, si no se la considera como un todo y si no se mantienen compaginadas todas las verdades de la fe católica. Análogamente, puede decirse que no se vive adecuadamente

la Doctrina Social de la Iglesia si no se la inserta en la tradición viva de la Iglesia, si no se la considera como un todo y si no se mantienen compaginadas todas las verdades que conforman la propuesta cristiana. Con toda probabilidad, ello no impedirá que sea «signo de contradicción» —lo que le corresponde en virtud de Cristo—, pero le permitirá dialogar mejor con el mundo y, sobre todo, educar en la fe y no dividir a los católicos entre sí.

Ante este panorama, nuestra propuesta estriba en intensificar la reflexión común y los intercambios de conocimientos y experiencias en el surco de las enseñanzas de Benedicto XVI y de nuestros episcopados. Mucha es la tarea que aguarda a los institutos de formación y de investigación sobre la Doctrina Social de la Iglesia, entidades que pueden aportar una contribución formativa fundamental si saben conjugar investigación y amor a la Iglesia con vistas a construir un sentir común, mental y del corazón, acerca de las necesidades humanas auténticas de nuestra sociedad. Es preciso converger, sin que ello signifique el abandono de la libertad de investigación, libertad que, sin embargo, ha de ejercerse con acatamiento a las enseñanzas de los pastores y, en especial, del Papa. Occidente cuenta con la mayor concentración de instituciones que se dedican a la Doctrina Social de la Iglesia: es deber de estas instituciones ayudar a las Iglesias de Asia y de África en los campos de la formación y de la investigación. Empero, para realizar esto de manera adecuada, no pueden trasladar allí las incertidumbres y las divisiones que en ocasiones manifiestan aquí. La ayuda debe prestarse bajo el signo del servicio a la Iglesia, que es la mejor manera de asegurarse de que se trate también de un servicio auténtico al mundo. En este ámbito, las responsabilidades son numerosas. En el caso de la niña de Recife, se ha asistido a una serie de intervenciones inadecuadamente coordinadas que han provocado desorientación acerca de temas de importancia decisiva. Una justa ansia pastoral no debe correr nunca más rápida que la verdad.